grandes, es la necesidad absoluta de aprecio: el amor no le basta, les es preciso tambien *estimar*; á veces prefieren el poder estimar á poder amar, y todo lo perdonan mejor que la infamia y la bajeza.

Clemencia habia llegado al triste período de tener que despreciar á su marido; los acreedores, que llamaban sin cesar á su puerta, siempre engañados y burlados, siempre con falsas promesas; las huidas de Cárlos al oir llamar á aquellas pobres gentes; sus vergonzosas excusas cuando le *atrapaban*; el tener la misma Clemencia que negar la presencia de su marido en la casa y ofrecerles con el rubor en la frente lo que sabia que no habia posibilidad de cumplir; el fatal valor de Cárlos de reincidir en aquellas deudas vergonzosas; todo eso llenaba el alma de la pobre esposa de un desaliento infinito, de una amargura que minaba cada dia su salud.

A pesar de la gran decadencia en que se hallaba su admirable y pura belleza, aun quedaban de ella hechiceros restos, segun se ha visto por la impresion que causó en el pintor Andrés Montalvo, al aparecer en el balcon de su casa.

Este dió un paseo matutino tan fuertemente preocupado, que no podia decir ni los sitios que habia recorrido, hasta que se halló sentado en una de las mesas del café Suizo, en frente de uno de sus pocos amigos.

VIII.

Las diez de una calorosa mañana de estío acababan de dar, cuando una preciosa jóven entró en la calle de Alcalá, viniendo de la Puerta del Sol.

La ancha acera estaba llena de un sol abrasador y candente, á pesar de lo poco avanzado de la hora. Pocas gentes tenian el valor de atravesarla; ya las persianas estaban herméticamente cerradas en todos los balcones; las tiendas tenian extendidas sus cortinas, y los escasos transeuntes buscaban la sombra que aun ofrecia la calle á aquella hora poco avanzada del dia.

La jóven ya mencionada iba tan absorta en sus pensamientos, que no buscaba el alivio de la sombra, sino que seguia su camino con toda la rapidez posible.

Su aspecto era á la vez modesto, digno y encantador; la flor de una inocente juventud se abria en aquella figura fresca y cándida, y brillaba en sus grandes ojos claros y límpidos como un lago sereno y trasparente.

No era muy alta su estatura; antes bien puede decirse que apenas llegaba á mediana; delgada y esbelta, de apariencia delicada y casi aérea, su humilde traje hacia resaltar la gracia casta

y decente, que era el principal de sus atractivos.

Un traje de lanilla de ínfimo precio cobraba un valor indecible con su gracioso modo de llevarlo; la suave ondulacion de su falda dejaba ver sus piececitos infantiles, calzados con unos botines de saten, que no habrian costado más de treinta reales, pero que á pesar de su vulgar hechura, descubrian toda la gracia de aquellos piés de niña. Una mantilla de las llamadas *manto*, y ya muy usada, cubria su cabeza y su talle, no sin que dejase vislumbrar las rubias trenzas, que, como cadenas de oro, guarnecian aquella, y la elasticidad de una cintura hecha á torno...

El viento cálido de aquella mañana de Julio, al separar su mantilla algun tanto, dejó ver por dos ó tres veces una garganta pura y delicada, ceñida con un collar de cristal negro y rodeada de una golita de tul blanco y un largo y hermoso rizo de cabello rubio como desprendido del rico y abundoso rodete.

Una pequeña sombrilla oscura, opuesta en todo á los cómodos *en-tout-cas* que la moda proscribia ya, la resguardaba muy mal de los ardores del sol; sus manos pequeñas y delgadas estaban cubiertas con unos guantes muy usados y ya mil veces compuestos.

Detrás de la jóven marchaba un hombre, ligero, elegante, y que ostentaba un aire perfectamente conquistador: no parecia arredrarse por el sol, del cual le resguardaba, por otra parte, un quitasol forrado de verde. Marchaba cantando á media voz una melodía italiana, que interrumpia para adelantar el paso, acercarse á la jóven y decirle á media voz algunas palabras osadas.

Conocíase á primera vista que aquel hombre era uno de tantos, conocidos por el dictado de *piratas callejeros*, que ocupan su vida siguiendo á cuantas mujeres jóvenes y bonitas hallan á su paso.

Indudablemente hacia ya rato que perseguia á la jóven, porque la primera vez que se le aproximó en la calle de Alcalá, volvió ésta la cabeza con una mezcla de angustia y de indignacion, y sus hermosos ojos azules le dirigieron una mirada de enojo.

—¡Vamos, niña, no sea usted tan arisca!—dijo el don Juan de las calles con melosa voz y aire de proteccion,—la ingratitud dice mal con ese rostro tan lindo y tan dulce.

La jóven se detuvo un instante, miró con un desden lleno de soberbia á su perseguidor, y luego, por detrás de él, pasó á la acera opuesta de la calle con paso lento y tranquilo.

Pero era tan linda aquella criatura, que el Tenorio no se desanimó y siguió en el camino que habia tomado, volviendo á acercarse á ella y á dirigirla palabras atrevidas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Entonces la hermosa niña se detuvo con las mejillas rojas de indignacion, miró á la cara de su perseguidor, y le dijo:

—¡Caballero, usted se ha equivocado!

—¡Palabra sacramental!—repuso el pirata;—¿y por qué, hermosa mia? ¿acaso en creerla á usted linda? Pues le aseguro que ahora que la veo bien la encuentro encantadora.

—Se ha equivocado usted al creer que yo le tolero con gusto al lado mio,—dijo la jóven,—y le suplico que me deje ya en paz.

—¿La estorbo á usted? ¿Hay algun galan dichoso?...

—No, señor,—respondió la inocente;—no hay más que una pena muy grande en mi alma.

Y las lágrimas, contenidas á duras penas en los ojos de la jóven, brotaron como un raudal é inundaron sus mejillas.

El perseguidor la miró absorto. Al pronto una expresion burlona se dibujó en sus facciones; creia aquel llanto un lazo grosero en que queria cogerle; sabido es lo que se abusa en Madrid de la palabra *desgracia*; pero era tan agudo, y á la par tan verdadero el dolor retratado en aquel dulce rostro, que la duda desapareció muy pronto de su alma.

Quitóse el sombrero con un ademan respetuoso y lleno de gracia, y dijo con voz conmovida:

—¡Perdon, señorita!

La jóven calló, sacó del bolsillo de su traje un pobre pañuelo de algodon, blanco como la nieve, y enjugó sus ojos, disponiéndose á seguir su camino.

Su perseguidor la contemplaba mudo y enternecido.

—Dígame usted si es posible,—murmuró con timidez,—dígame usted la pena que aun tan jóven la aqueja; sépala yo, y acaso la pueda remediar; con esa prueba de confianza me hará ver que me concede un perdon que yo no me concederé jamás.

—Gracias, caballero,—dijo la jóven con dulzura;—perdonada queda la mortificacion que me causó; en cuanto á mi pena... permítame usted que se la calle.

—¿Es acaso de amor?—preguntó él con un resto de su osadía de libertino.

—¡No, señor!—respondió la jóven alzando con altivez su peregina cabeza.

—Es...

Y trémulo y cortado el perseguidor de la jóven, no se atrevió á formular su segundo pensamiento; pero llevó la mano al bolsillo de su chaleco.

La jóven se hizo un paso atrás con un movimiento de orgullo tan verdadero, que la mano quedó inmóvil en el sitio donde se hallaba.

—Adios, caballero,—dijo ella, recobrada ya; —doy á usted mil gracias por el interés que me ha demostrado, y prosigo mi camino, porque tengo prisa.

—Mi querida niña,—dijo el perseguidor;—aparte de toda idea de aficion ó de galantería, crea usted en la verdad del respeto con que toda mi vida he mirado lá desgracia; vea usted en mí á un hermano, á un amigo: ¿qué puedo hacer por usted?

—Nada, caballero.

—¿Es tanta mi mala suerte? ¿No tiene usted una madre, una hermana, un padre que me necesiten, y á los que yo pueda ser útil?

—No, señor.

La jóven, dichas estas palabras, se inclinó delante de aquel hombre con una dulce dignidad, y siguió á lo largo de la calle.

Él se despidió con un saludo respetuoso y triste, descubriéndose de nuevo la cabeza ante la desgracia que pasaba y proseguia su camino.

No obstante, le hubiera sido de todo punto imposible el no seguir á aquella jóven; á bastante distancia, para que ella no le viese, siguió su camino y la vió entrar en una gran casa, situada ya cerca del Prado, y una fachada magnífica, indicaba la opulencia de sus dueños.

—¡Ha entrado en el palacio de Valnoble!—se dijo admirado el Lovelace.—¡Ea! será alguna oficiala de la modista de la marquesa, á no dudarlo; pero ¿y aquel aire noble y distinguido? ¿y sus modales llenos de sencillez y dignidad? No; esa criatura pertenece, si no á la clase elevada, á lo ménos á una clase decente de la sociedad.

Entró en el patio y se quedó pensativo, en tanto que la jóven cerraba su sombrilla, arreglaba un poco los pliegues de su mantilla y empezaba á subir lentamente la anchurosa y bella escalera de mármol blanco que se extendia á la izquierda del patio.

IX.

Al terminarse la escalera, se halló la jóven en un espacioso y elegante perístilo sostenido por columnas, y en el cual se paseaban gravemente los criados vestidos de negro.

Dos candelabros de gas, de ocho bombas cada uno, salian de las manos inmóviles de dos estátuas, que representaban la *Juventud* y la *Fidelidad*, simbolizadas en dos jóvenes de piedra de admirable belleza.

La primera tenia en la mano el cuerno de la abundancia, del que caia una lluvia de flores; la segunda apoyaba su mano en la cabeza fina é inteligente de un hermoso lebrel sentado á su lado y que la miraba amorosamente.

Grandes macetas de flores y dos largas banquetas de terciopelo azul oscuro acababan de amueblar el suntuoso perístilo.

La jóven cayó allí como una triste aparicion; llena de timidez, se detuvo apoyada en uno de los grandes mónstruos alados y fantásticos que un eminente artista habia tallado en mármol como las estátuas, y que parecian sostener y guardar la escalera.

—¿Qué se le ofrece á usted, señorita?—preguntó uno de los criados, reparando á la vuelta de su paso en la recien llegada.

—Quisiera... quisiera ver á la señora marquesa,—balbuceó la jóven.

—La señora marquesa no se ha levantado todavía,—dijo el criado, sorprendido, á la jóven; —y además, es muy difícil verla.

—¿No podria esperar á que se levantase?—preguntó tímidamente aquella.

—La señora marquesa no sale de su alcoba hasta la una, y para entonces tiene ya designadas las personas que ha de recibir.

La niña dejó escapar un doloroso suspiro.

—Dígame usted su nombre, jóven,—dijo el otro criado sacando un papel del bolsillo:—aquí está la lista de los dichosos de hoy.

—Me llamo María de Gracia Labbé,—dijo la jóven;—pero estoy segura de que mi nombre no se halla en esa lista.

—En efecto, no está,—dijo el criado,—cuyo semblante se puso más adusto al notar que Gracia no era de los dichosos, y por tanto, es inútil que usted espere.

—¡Y no obstante, es preciso, es indispensable que yo vea á la señora marquesa!—dijo la pobre Gracia con doliente acento; tendré que volver, y ¡vivo tan lejos! ¡tan lejos de aquí!

—¿En qué calle, aunque sea curiosidad?—preguntó el criado que habia hablado primero.

—En la de Ponciano.

—¡Diablo! ¡Pobre niña! ¡Tiene razon!—dijo el criado;—es una legua de camino, y con tanto calor... pero, en fin, dígame usted, hija mia, aunque no es curiosidad, sino deseo de evitarle la fatiga: ¿de qué naturaleza es el favor que usted desea de la señora marquesa?

—No vengo á pedirle nada,—contestó Gracia con dulzura;—solo que me han dicho que ha despedido á su primera doncella, y venia...

—¿A ver si podia ocupar su lugar?

—Sí, señor.

—En efecto,—dijo el otro criado,—la señora está deseando reemplazar á la pícara de Rosalía; casi será lo mejor que esta jóven espere: ya son las once,—añadió sacando de su bolsillo un abultado reloj,—y tal vez adelante algo la hora de levantarse. Venga usted por aquí, hija mia, y esperará sentada en la primera antecámara.

Gracia le siguió.

—Por cierto,—dijo el criado, cuya cabeza estaba ya blanca,—que se halla usted muy sofocada; ¿quiere usted que le mande traer un refresco?

—Muchas gracias,—contestó la jóven con dulzura;—la distancia que he recorrido es larga y el calor muy grande; pero esto pasará.

La pobre niña contaba demasiado sobre sus fuerzas; su rostro se hallaba cubierto de un encarnado subido, y sus ojos, fatigados, parecia que querian cerrarse; el criado la dejó y volvió al perístilo.

Poco á poco fueron llegando otras personas que querian ver á la marquesa y que pasaban, despues de haber visto los criados que sus nombres estaban en la lista que tenian: eran en su mayor parte hombres, y con evidencia pretendientes.

La marquesa debia ser persona de gran influencia y valimiento.

—¡Dios mio!—pensaba Gracia;—¿cómo será esta señora? ¡Yo tiemblo! ¿Será apacible? ¿Cómo me recibirá? Yo no he hablado en toda mi vida con una persona de su clase... ¡Dadme valor, Dios mio! y si lo que siento es como temor, vergüenza de mi pobreza, quitádmela por indigna, pues solo de ser mala se debe tener rubor.

Pensando así, pasaron cerca de dos horas de

angustia y de mortal espera para todas aquellas personas. Se oyó, por fin, una campanilla lejana, y á este rumor, hasta los criados del perístilo se pusieron en movimiento; el ruido de la campanilla se repitió interiormente; una camarera pasó llevando en la mano una rica bandeja llena de ropa blanca, en la que se adivinaba un equipo interior de mujer, y pronto la siguió otra, cuyo traje, lleno de coquetería, la denunciaba como francesa.

—Señorita Rosalía,—dijo uno de los que esperaban, levantándose y corriendo hácia ella con una especie de angustia:—¿puedo esperar ver hoy á la señora marquesa?

—No lo sé, caballero,—respondió la jóven;—no lo sé; ¡hace dias tiene un humor fatal!

El pobre hombre palideció.

—¡Dios mio!—murmuró volviendo tristemente á su asiento;—¡otra decepcion!

La camarera desapareció por una puerta lateral sin hacer caso alguno, ni de la exclamacion, ni del modo desgarrador con que habia sido pronunciada.

Poco despues volvió á salir, y recorriendo con los ojos el triste grupo de los que esperaban, miró á Gracia, dejando ver al instante en su rostro una ingénua expresion de sorpresa.

Acercóse á la jóven, que se levantó, y le dijo:

—¿Usted tambien desea ver á la señora marquesa, señorita?

—Sí, señora,—respondió Gracia con voz trémula.

—¿Está usted en la lista?

—No, señora; pero uno de los criados con quien hablé ahí fuera me ha permitido esperar aquí, por si la señora marquesa quisiese recibirme.

—¿Lo que usted desea es cosa que yo lo pueda saber, ó es reservada?

—No tengo dificultad en que usted lo sepa,—dijo Gracia con sencillez;—deseo entrar al servicio de la señora marquesa.

—¿En clase de qué?

—De su primera doncella.

—Rosalía frunció el ceño.

—Yo soy la que desempeño ese cargo,—dijo,—y no sé que la señora haya pensado hasta ahora en despedirme.

—¡Perdon, perdon, señorita!—exclamó Gracia trémula y asustada,—yo venia porque me habian dicho que habia una plaza vacante en el servicio de la señora marquesa; acaso nos hayan engañado...

—No,—repuso Rosalía,—hay, en efecto, una plaza, que si la señora marquesa quiere, usted podria ocupar; pero deberá estar á mis inmediatas órdenes: ¿lo entiende usted? á mis órdenes.

—Lo entiendo,—señorita;—y si logro ese sitio, procuraré complacer á usted; ¡tengo tanta necesidad de ello! ¡Mi pobre familia necesita mucho de lo que yo pueda ganar!

—¿Tiene usted familia?

—Un hermano enfermo hace ya tres meses; su pobre esposa que no puede abandonarle y cuya salud está tambien muy quebrantada, y dos niños, hijos de los dos, que ya empiezan á sentir el hambre, y á los que yo adoro.

Algunas lágrimas brotaron de los bellos ojos de Gracia al pronunciar estas palabras.

Rosalía la miró con atencion, comprendiendo bien pronto que aquella pobre criatura la obedeceria ciegamente; luego tomó su mano y la dijo con dulzura:

—Vamos, valor, querida niña; la situacion de usted me interesa tanto, que ahora mismo voy á hablar en su favor á la señora, quien la recibirá en seguida, no lo dude usted.

Rosalía desapareció de nuevo, y Gracia esperó con el corazon palpitante de alegría y esperanza.

Media hora habia pasado, cuando un portero de estrados, vestido de negro, con calzon corto, frac, corbata blanca, medias de seda, blancas tambien, y zapatos con hebilla, alzó una pesada cortina de seda, buscó con la mirada, y hallando la dulce figura de Gracia, le hizo una señal respetuosa con la mano.

La jóven se acercó trémula y turbada.

—Sígame usted, señorita,—dijo el criado;—la señora marquesa la espera.

X.

Una larga série de habitaciones á cual más ricas y suntuosas, se extendian detrás de la cortina de brocado y seguia á la antesala, en donde esperaban los que deseaban ver á la marquesa; cada una de aquellas espléndidas habitaciones era digna de una reina; cada una estaba tapizada y amueblada con un color distinto; las lunas de Venecia, los tapices, los muebles de encina tallada, de ébano y de palisandro, llenaban todos los huecos y esparcian ese aroma delicado y penetrante á la vez que se exhala de los muebles ricos; era indudable que los moldes de aquellos relojes que ocupaban las consolas, y que los modelos de las mismas consolas, de los sillones y de las altas rinconeras, habian sido destruidos para que otro no poseyese objetos semejantes. En la última cámara dos gigantescos armarios del tiempo radioso para el arte, de Luis XV, ocupaban los testeros principales, luciendo con un resplandor sombrío su encina tallada por la mano de algun genio.

Las cortinas que caian delante de los balcones y puertas, tenian la majestuosa amplitud, la inmensidad de pliegues de las que decoran las moradas reales: allá un velador de pórfido ostentaba una colosal copa de malaquita, con cuyo valor hubieran podido alimentarse seis familias pobres; aquí una estátua de alabastro se elevaba entre dos cuadros de Rafael, levantando un cáliz de oro, del que salia, en azuladas espirales, un embriagador perfume; más lejos una Hebe morena, cincelada en bronce dorado, se levantaba entre dos macetas de mármol de Carrara, llenas de plantas exóticas y trasplantadas de las colonias francesas, sosteniendo entre sus brazos un candelabro que figuraba un árbol, cuyos racimos estaban formados por globos de alabastro.

La lámpara que pendia del techo de aquella cámara era una obra maestra del arte de platería, y podia creerse que el santo artífice Eloy, patron de los joyeros, la habia fabricado en el cielo; el mate y el abrillantado se combinaban con exquisita perfeccion, y su forma era la de una ánfora romana del mas correcto y puro dibujo; largas y flexibles ramas de clemátidas naturales, de yedra bordada de campanillas blancas y azules y de madreselva, se enlazaban á aquel vaso maravilloso, cayendo en espirales flexibles y llenas de sencillez y de frescura, como para contrastar con su loca y prodigiosa magnificencia.